

DILEMAS DEL AGUA EN LA CIUDAD.

(Conferencia presentada en el *Foro Internacional: AGUA, CIUDAD Y TERRITORIO EN LAS AMÉRICAS*).

Por: Hildebrando Vélez Galeano
Cali, Colombia, mayo 20.

Los dilemas que tiene el agua siempre los resuelve de manera sencilla tomando la vía que menos resistencia le ofrece, aceptando moldearse según el espacio que la contiene o, en un lento pero contundente movimiento, dándole forma al espacio que la habrá de contener. Alguien refería, en este mismo Foro Internacional, que los movimientos sociales deberían ser como el agua, flexibles, adaptativos y no dejar de moverse. Sin duda también ellos deberían tener un pensamiento que superase esa hidráulica de los vasos comunicantes que se corresponde con la mecánica de los fluidos y que sustenta un diseño de ciudad ortogonal, tramada de tuberías que llevan agua de arriba para abajo e incluso de abajo para arriba, y que procura una hidráulica compleja, de remolinos y tormentas, de subversiones en el diseño, en los materiales, en las relaciones entre los que habitan y lo habitado, de insurrecciones en la construcción de los espacios, de flujos y rizomas que se entraman en ecosistemas complejos. Así desde ese pensamiento el agua de la ciudad no dejaría de ser meandros de ríos, madres viejas que abdican de las tuberías, lluvias que se encaminan a la agricultura de la ciudad, aguas que se reciclan y rehúsan, ecosistemas que se restauran haciendo uso de su legítimo derecho a la autopoiesis, y quizá, desde esta perspectiva, encontraríamos cómo evitar que el patrimonio natural de la ciudad y el agua se encarcelen o esfumen entre tubos.

Desde la perspectiva del pensamiento que se asocia a esa hidráulica de la complejidad resulta fundamental reconocer la diferencia entre desconocer e ignorar. Desconocemos por ejemplo si el presidente Uribe será nuevamente gobernante, pero no podemos ignorar que está entre las posibilidades. Desconocemos si será posible en el corto plazo resolver los problemas que afronta el manejo del agua en la ciudad de Cali, pero no podemos ignorar que es urgente ocuparse de un rediseño de las estrategias y sistemas de abastecimiento. Ignorarlo sería asumir una postura y una actitud reprochable. Lo peor, se dice, es ignorar que se ignora, pues ello conduce a actuar con prepotencia, con arrogancia, en estado de contumacia.

No desconocemos que vivimos en el Planeta Azul pero no podemos ignorar que ese planeta azul está habitado por la especie humana que lo está colmando de estructuras urbanas, lo está urbanizando convirtiéndolo en un planeta gris. En las intersecciones que se dan entre el planeta azul y el planeta gris surgen nuevos escenarios para la geopolítica, nuevos escenarios decisivos para el futuro de la humanidad y de la vida. Es desde estos escenarios donde surge la necesidad de ocuparse del agua en la ciudad, del planeta azul que transita en el planeta gris urbano. Ocuparnos del planeta azul que le marca los límites al planeta gris conduce a que nos preguntemos: ¿Cuánto podrá seguir creciendo la ciudad, Cali por ejemplo, sin que se tenga garantizado un abastecimiento de agua suficiente y de buena calidad para sus habitantes? ¿Cómo se podrán armonizar en esta ciudad el crecimiento poblacional y el

saneamiento ambiental? ¿Quiénes habremos de ocuparnos de estos asuntos y cuál debe ser la oportunidad y calidad de nuestras intervenciones?

Es el planeta azul el que le pone límites al planeta gris. Ahí es donde surge la lucha entre la perspectiva económica del crecimiento que se representa como una función exponencial establecida en un planeta ficticio infinito, que ignora o no toma en consideración que tal planeta sí tiene límites. Ahí está presente pues la ignorancia que supedita al conocimiento, pues tal pensamiento persiste a pesar de ser sabido que el mundo que habitamos, que es nuestro universo cercano y marco de referencia, es limitado y que por más que nos empeñemos en desarrollar tecnológicas adaptativas, el límite siempre lo fijará el planeta azul.

La economía se equivocaría si ignorara que las leyes de la termodinámica son sus limitantes. Ya hemos oído muchas veces que mientras la economía se ocupa de las reglas de las acciones humanas sobre el hábitat en sentido particular (*oikos-nomos*), es la ecología la que se ocupa de la comprensión de esas acciones en sentido general (*oikos-logos*). No cabe duda de que es un reto que pasemos de una mirada y un interés sobre lo local, sobre mi hábitat, sobre mi lugar, a una mirada sobre la morada para toda la humanidad y para los demás seres y cosas que están y que vendrán, y que son la trama de la vida. Es de notar que acciones de cuidado estrictamente local chocan a veces con las políticas más generales o dejan de proyectarse con mayor consistencia por carecer de ellas. De ahí que quizá también al ambientalismo le corresponda acoger esa perspectiva de lo GLOBAL que difundiera con tanto acierto Boaventura de Sousa Santos. Relacionar la ecología con la economía, supeditando la economía a la ecología tendría que ser el sentido de esa manera de ser de lo GLOBAL. Lo GLOBAL no sería para nuestra apuesta un asunto de escalas, tampoco una relación aritmética entre lo local y lo global, ni algo así como un sistema de interrelaciones simétricas entre lo local y lo global, sino el movimiento de disponer la economía bajo los aprendizajes y diseños de la ecología. De esta manera y en sentido general, asumir desde esta perspectiva la relación entre el lugar y lo global, entre la economía y la ecología, lleva al ambientalismo a abogar por una transformación que lleva desde un sistema económico-político que visibiliza sólo las construcciones de los de arriba hacia uno ecológico-social que funda y se cimienta en las re-existencias y visibiliza las construcciones de los de abajo, de la Plebe del Sur como nos estamos declarando.

Nuestro proyecto para la ciudad ha de instalarse no sólo en el reconocimiento de que hay un colapso ecológico sino sobre todo en el reconocimiento de que éste deriva de la crisis civilizatoria o ambiental, que no es de contaminación sino que es el resultado de la incapacidad de las estructuras sociales colonialistas, patriarcalistas, y capitalistas, dominadas y regidas por la racionalidad económica, por la cultura del consumismo y por el afán de lucro, de adaptarse a los ecosistemas planetarios. El problema no radica sólo en las consecuencias biofísicas de las actividades depredadoras y erosivas propias del modelo civilizatorio, sino además y fundamentalmente en las estructuras simbólicas, valorativas y culturales de la racionalidad capitalista que se globalizó y ha buscado someter a sus dictámenes las relaciones espirituales, solidarias, de reciprocidad, de cuidado y de protección que luchan por mantenerse y re-existir.

Estas invocaciones a la transformación de las relaciones entre el planeta azul y el planeta gris que los ambientalistas hacemos se enfrentan a procesos de reconfiguración espacial y ordenamiento territorial que buscan resolver las demandas del modelo económico capitalista y sacrificar las condiciones de producción y reproducción social de las mayorías empobrecidas y sacrificar la vida misma. El ordenamiento territorial que se practica no busca una redistribución de los ecosistemas ni de los excedentes económicos y menos la transformación de los paradigmas de producción y consumo, sino más bien cimentar espacios de poder y control que den seguridad a los procesos de reproducción del capital, que pasan por el control y funcionalización del capital natural y del capital cultural. Más que ordenamiento territorial lo que se demanda es distribución en la doble acepción del término: distribución del patrimonio natural y de la riqueza socialmente producida y acumulada, distribución del poder político y fortalecimiento de la democracia plebeya y distribución, en el sentido de relocalización, de los grupos más vulnerables para mitigar los riesgos y para hacerlos partícipes del bienestar que históricamente se ha acumulado, buscando que las deudas social y ecológica que se tiene para con lo más empobrecidos sea resarcida por esta vía. Todo lo anterior en el marco de un cambio en el sentido del vivir bien, del gusto por la vida, por el cuidado, por la protección, apelando al bien vivir, a la vida lenta (no más de 30 Km por hora), a la prudencia, al vivir con justicia, con equidad, con alegría, y henchidos los espíritus de creatividad y gozo.

Pero no podríamos entender las rutas a seguir solo haciendo referencias a asuntos estructurales sin adentrarnos en las transformaciones y en la genealogía de los fenómenos. Muchos de los problemas y conflictos que se viven con el agua y que enfrentan los habitantes de la ciudad son originados en un modelo de ciudad que somete al campo, que vive del trabajo rural pero no lo reconoce, que distribuye mal los derechos y las representaciones, que sacrificó la tranquilidad y la perspectiva del paisaje por la velocidad y la aglomeración, que ilusionó sobre la felicidad del consumismo legándonos una casta infeliz que vive en el hartazgo y gentes alienadas de sus necesidades sufriendo la frustración de sus deseos.

Ese modelo ha dejado una gran deuda ecológica y deja una gran huella hídrica. Sin embargo, muchas luchas han teñido de esperanzas el horizonte y muchas gentes se han encaminado a enfrentar la situación construyendo nuevas formas de vivir, construyendo el buen vivir, construyendo sus re-existencias. Es en estas luchas que se abre paso el movimiento social por el agua, que se enfoca a la defensa territorial, que se enfrenta a fuerzas legales e ilegales que le criminalizan, que le ilegitiman y que le ahogan sus potencialidades. Aún así hay resultados a la vista.

Gracias a este movimiento, que es él mismo como el agua, en Abya Yala, que también se ha llamado América, las experiencias de gestión urbana del agua tienen desarrollos legales, financieros e institucional importantes y novedosas, por ejemplo bajo los socios público-público y público comunitario, que buscan asegurar la cobertura y el acceso así como el saneamiento y el suministro de agua, y se empeñan en el empleo de estrategias de restauración y cuidado de cuencas y sub-cuencas para preservar los dones ecológicos de los conglomerados urbanos y peri-urbanos.

La sociedad civil y las comunidades organizadas no quedan hoy satisfechas con lo simples procesos de consulta sino que quieren participar del diseño,

construcción, manejo y mantenimiento de las aguas de sus ciudades; y para ello adelantan nuevas estrategias de articulación como las redes de acueductos comunitarios, las organizaciones protectoras de las cuencas urbanas, los acuerdos interinstitucionales-comunitarios para las actividades de cuidado y educación ambiental, e incluso se involucran directamente en la gestión pública del agua asegurando la transparencia, la democracia y las mejoras en el suministro de agua, disposición de aguas servidas y residuales y en el cuidado de la infraestructura y las fuentes hídricas.

En tanto que la RED VIDA realizaba su III Asamblea en Buga e impulsaba el Foro Internacional: AGUA, CIUDAD Y TERRITORIO EN LAS AMÉRICAS, que realizamos en Cali, se pudo observar cómo se ponen de manifiesto muchas expresiones organizativas que han surgido en toda la región para resistir contra las políticas que socavaban la soberanía y la administración local y para reforzar las capacidades de articulación de las políticas públicas, y para enfrentar las estrategias del capital de apropiación de los territorios. Muchas de estas organizaciones están directamente vinculadas con el cuidado de las cuencas, la defensa de los territorios, enfrentan los planes de ordenamiento que afectan tanto la provisión de agua como la disposición y el saneamiento de las aguas servidas y se comprometen en muchos casos con las instituciones locales en el mantenimiento de la estructura ecológica principal de sus conglomerados urbanos.

De estas experiencias y de las posibilidades de construir un futuro sustentable y justo, surgen algunas propuestas para impulsar en lo inmediato: construir y potenciar territorialidades y “territorializaciones” urbanas; procurar nuevas relaciones rizomáticas urbano-rural-agrarias como lo propone Patricia Noguera; afianzar y promover nuevos acuerdos de cooperación público-comunitarios (como el que estamos intentando construir, llamado “Cali, Ciudad de las Aguas”); impulsar asambleas auto-convocadas de los ciudadanos en defensa del patrimonio hídrico de los territorios. Estos son nuestros retos y nuestros compromisos.